

Modernización ecológica: cosmética y consumidor reflexivo

MAURICIO GENET GUZMÁN CHÁVEZ*

INTRODUCCIÓN

EL ANÁLISIS QUE PRESENTARÉ SE SITÚA dentro del campo de la sociología ambiental, trata sobre la relación entre la industria cosmética y la conservación de la biodiversidad. Siendo una reflexión teórica he dejado de lado las referencias empíricas y me he concentrado en las ideas que moldean y dan cuerpo a la teoría de la modernización ecológica. No obstante, estas reflexiones tienen como telón de fondo la industria cosmética brasileña, específicamente dos empresas, Natura y O Boticário, las dos más importantes en el ramo, con presencia en el mercado mundial y ampliamente interesadas en la reforma ambiental (refinación de procesos productivos e incorporación de tecnologías limpias) y con un papel destacado en la tarea de promover la conservación a través de estrategias mercadológicas.

La modernización ecológica fue formulada originalmente en Europa en la década de 1980, y sus mejores realizaciones y exponentes provienen de Alemania, Holanda e Inglaterra. Las tesis principales de éstos sugieren una teorización que acompañe los procesos de reforma institucional, los ajustes estructurales del Estado y la reorganización de la sociedad civil en torno a los problemas ambientales.¹ En este sentido se distingue abiertamente de la sociología ambiental norteamericana cuyo programa se concentró, por el contrario, en señalar los desequilibrios y desajustes del modelo de desarrollo vigente basado en el industrialismo.

* Dirigit correspondencia a Rua Afonso Luiz Borba 526, Lagoa da Conceição, Florianópolis, SC, Brasil, CEP 88062-040, tel. fax: (55-48) 232-21-01, e-mail: mhikuri@yahoo.com.

¹ BUTTEL, 1987; MOL, 1995; LENZ, 2000.

Para Frederick Buttel, independientemente del perfil eurocéntrico de la teoría, habría que reconocer su valor heurístico, pues de otra forma no existen modelos alternativos para pensar los procesos de cambio y reforma ambiental dentro de las propias instituciones de la modernidad, especialmente las dinámicas que acompañan la innovación tecnológica.²

Por lo tanto, me interesa discutir las tesis de la modernización ecológica a la luz de la realidad latinoamericana. Bajo qué condiciones puede resultar pertinente su abordaje para entender los procesos de cambio en sectores y segmentos modernizados de economías “emergentes”, como por ejemplo Brasil o México. Esta inquietud ya ha sido identificada en contextos socioeconómicos semejantes, pero aún es prácticamente inexistente en el medio académico latinoamericano.³

En esta discusión daré énfasis a los debates que los autores de este enfoque han establecido en relación con el proyecto de la modernidad y la capacidad reflexiva de los individuos —en este caso consumidores de cosméticos—, quienes parecen cada vez más interesados en consumir productos ambientalmente correctos.

La tesis que defiendo propone que el análisis de la reforma ecológica de la industria cosmética debe incorporar una crítica a la noción de consumidor reflexivo, sobre todo entendido éste como elemento clave de un colectivo llamado sociedad cosmética, o sea, la red de actores sociales involucrados en todo el proceso de producción y consumo de cosméticos. Considero que el mayor desafío es no acabar reduciendo el consumo a un acto racional, en el cual la libre elección se cimenta en discriminaciones constantes de los flujos de información, como sugieren las tesis de Anthony Giddens. Elementos no racionales de la elección y asociaciones afectivas y emocionales de diversa índole deben ser tomadas en cuenta al analizar el acto de consumo, pues éstos no solamente son utilizados por la propaganda, sino que parecen flotar, literalmente, como elementos axiales de la sociedad posmoderna.

² BUTTEL, 1987.

³ FRITJNS, *et al.* 2000, para el caso de Vietnam.

Mi hipótesis afirma que: los discursos de la conservación de la biodiversidad están desempeñando un papel clave en el proceso de reestructuración de la industria cosmética. La biodiversidad no viene solamente a enverdecer, como haría un tinte para cabello, el *look* de esta industria. Ella sugiere una reforma profunda en los sistemas técnico-productivos, en las estrategias mercadológicas y en la visión empresarial, mucho más afinada con las exigencias, las normas ambientales y las demandas de los consumidores.

Mi exposición está estructurada en cuatro momentos. En el primero, presento una argumentación sobre la pertinencia del tema en tanto objeto de estudio de la modernización ecológica; defino la conservación de la biodiversidad como una problemática generada en la modernidad y directamente vinculada a la sociedad industrial. En el segundo, recupero las ideas de Joseph Huber, sociólogo alemán fundador de la modernización ecológica; señalo las convergencias y diferencias más notables con el ecodesarrollo de Ignacy Sachs y difundido en México por Enrique Leff, así como con la tesis habermasiana sobre colonización de mundo de vida. En este espacio mi objetivo es mostrar el paralelismo entre las tesis que defienden la reestructuración ambiental de la industria y las argumentaciones que estimulan una reorientación del proyecto de la modernidad, presentes en la obra de Giddens y de Habermas. En el tercer momento, destaco las limitaciones del concepto “consumidor reflexivo” y añado la noción de “públicos reflexivos”, la cual reúne la tradición democrática con la tradición crítica, presentes pero separadas en el pensamiento crítico de la modernidad. En el cuarto y último tópico llevo adelante esta crítica, exhibiendo la lógica de la producción industrial de cosméticos frente a las demandas individualistas, las ansias y deseos de reencantamiento del mundo y la incertidumbre para subvertir el orden o regodearse en él a través de la exhibición y el culto a la apariencia.

BIODIVERSIDAD

La Convención sobre Diversidad Biológica (CDB) firmada por más de 155 países durante la Cumbre de la Tierra, celebrada en Río de Janeiro en 1992, fue el momento culminante del conservacionismo internacional,

pues sentó las bases para un tratamiento global sobre el problema de pérdida acelerada de la biodiversidad. Formalizó criterios y lanzó a sus miembros a una dinámica de fortalecimiento de sus respectivas políticas ambientales. En el caso de países considerados como poseedores de megabiodiversidad, como Brasil, exigió el refuerzo, cuando no la creación de estructuras institucionales y competencias profesionales especializadas en la cuestión ambiental. Durante los diez años que transcurrieron entre Río 92 y la última Cumbre de la Tierra realizada en Johannesburgo en el 2003, el ambientalismo ganó visibilidad y logró penetrar diferentes instancias y sectores de la sociedad.

De ser un tema restringido a los especialistas, la conservación de la biodiversidad pasó a ser incorporada, como anteriormente lo fuera el desarrollo sustentable, a las prácticas e ideologías de los más variados sectores de la sociedad. Esta incorporación, en última instancia, estaría mostrando la ubicación de estos sectores dentro de la lógica de producción y consumo de la sociedad industrial, pues obviamente el estatuto de la conservación de la biodiversidad para un biólogo, no necesariamente corresponde con el de un colector de semillas que vive en las selvas amazónicas.

Los debates que se establecieron durante todo este periodo para corregir aspectos problemáticos de la CDB, como por ejemplo el reparto de beneficios derivados del uso y comercialización de la biodiversidad, no hicieron sino evidenciar el carácter instrumental que se estaba sobreponiendo encima de otras consideraciones (por ejemplo, los valores intrínsecos). Contratos de bioprospección y denuncias contra biopiratería fueron constantemente difundidos por los medios de comunicación; las empresas farmacéuticas, de cosméticos y alimenticias estaban en primera fila para aprovechar este nuevo entendimiento de la naturaleza posibilitado por la biotecnología.

En consecuencia, es posible afirmar que la conservación de la biodiversidad es una construcción social, considerando que sus discursos y prácticas están enmarcados en un contexto cultural específico y supeditadas a las relaciones de producción típicas del capitalismo y a sus condicionamientos y posibilidades tecnocientíficas.

La matriz tecnológica, así como la organización social son dos variables que definen el aprovechamiento de los recursos naturales (biodiversidad), la escala de los impactos y la capacidad de autoreposición y reajuste

ecológico. La virtualidad técnica, entendida como potencialidad biotecnológica y su despliegue social, muestra el carácter relacional o “sociotécnico”, en el sentido apuntado por Callon y Latour y Woolgar.⁴ Este carácter se refiere a las redes tejidas entre humanos y no humanos en la producción de conocimiento científico y sus aplicaciones prácticas. Aquí lo que llama nuestra atención no es aquello que podríamos denominar como “la naturaleza técnica de la Naturaleza”, lo que resalta son los límites de la tecnociencia para descubrir los rincones más ocultos de la naturaleza (del gene). Una actividad expansiva, aleatoria e incierta.

La problemática que deriva de la pérdida de biodiversidad y su correlato conservación se vinculan, entonces, directamente con la modernidad, con los efectos producidos en nombre de una racionalidad técnica —circularidad de la razón, según el sociólogo inglés Giddens—. Ella es producida en una fase específica de la modernidad, en la cual los efectos negativos del proceso de industrialización se tornaron visibles y correlatos a la capacidad de mensurarlos, distinguirlos y en ciertos casos prevenirlos.

La industria cosmética (O Boticario, Body Shop, Natura, Avon, etc.) en este caso, constituye un escenario privilegiado para repensar las implicaciones de la teoría de la modernización ecológica; si no como una totalidad homogénea, al menos ciertos sectores que la componen están impulsando la conservación de la biodiversidad, vía contratos “justos” de bioprospección, compra de insumos “orgánicos”, “100% naturales”, o bien, se muestran preocupadas en incorporar la dimensión ambiental por medio del uso de tecnologías limpias, de envases reciclables, etc. En este proceso, las estrategias de *marketing* y la definición de un consumidor de cosméticos mejor informado y más responsable por el medio ambiente, parecen estar refiriendo a lo que algunos teóricos de la modernización ecológica denominan como *flujos ambientales*, concepto inspirado en el análisis de Manuel Castells sobre la sociedad de información.⁵

La idea de flujos ambientales incorpora la noción de “colonización del futuro” a través de la existencia de órganos certificadores de lo ambientalmente correcto, pues no existen otros mecanismos que le aseguren al

⁴ CALLON, 1986; LATOUR y WOOLGAR, 1997.

⁵ Cf. MOL, SPAARGAREN y BRUYNINCKX, 2002; CASTELLS, 1999.

consumidor que la empresa está realmente transformando su proceso productivo. La certificación delimita el campo donde el consumidor puede mantenerse relativamente fuera de los peligros y riesgos potenciales de un consumo irresponsable. Así, peculiarmente, al insertar la biodiversidad en el proceso productivo, la industria cosmética crea un nexo especial con sus consumidores, agregando a los beneficios tangibles, valores intangibles derivados de esos flujos ambientales.

Mucho más que una retórica, el discurso de la biodiversidad está produciendo efectos en los sistemas técnico-productivos, en las estrategias mercadológicas y en la visión empresarial, aspectos centrales para la reproducción y expansión de la industria cosmética

Al menos en Brasil parece estar superada la discusión sobre si es posible o no un empresariado verde o socialmente responsable,⁶ puesto que el movimiento empresarial de vanguardia en este país está representado por empresas que tienden a superar la contradicción entre ganancia e internalización de costos ambientales. Una actuación social y ambiental adelantada a la propia legislación es posible porque no hay nada que perder y mucho que ganar para la empresa.

Como era previsible, los augurios del ambientalismo en algunos casos fueron frágiles y su paso efímero, pues vivimos en una fase de la industrialización en la cual el control corporativo, la violación a los derechos laborales y la falta de respeto a las legislaciones ambientales se tornaron moneda corriente de la globalización.⁷ Sin embargo, esto no canceló de ninguna forma la crítica social, la movilización de grupos de consumidores protestando por la lógica desterritorializada e irresponsable con la que operan las grandes corporaciones transnacionales. Efervescencias micro sociales, pasando por movilizaciones universitarias y boicots de marcas, hasta protestas masivas en todo el mundo ponen al descubierto la *subpolítica*, como la define Ulrich Beck, una crítica a veces desdentada o situacional y otras sumamente eficaz en la defensa de derechos estimados importantes en la posmodernidad.⁸

⁶ LAYRARGUES, 1988.

⁷ KLEIN, 2002; CHERNI, 2003.

⁸ BECK, 1996; BAUMAN, 2001.

LA TEORÍA DE LA MODERNIZACIÓN ECOLÓGICA: FUNDAMENTOS Y OBJETIVOS

La teoría de la modernización ecológica fue formulada en la década de 1980 pero demoró en ser reconocida. Algunos textos retrospectivos sobre los enfoques y temas de la sociología ambiental publicados a fines de esa década, pasan de largo y difícilmente encuentran lugar para acomodarlos dentro del ambiente académico dominante de esta subdisciplina.⁹ Artículos sobre el estado del arte como el de Vaillancourt, publicado a mediados de la década de 1990, ni siquiera reconocen éste como un enfoque alternativo a, por ejemplo, los enfoques de la ecología humana, ampliamente popularizados por Catton, Dunlap, Duncan y otros.¹⁰ De igual forma, *Sociología ambiental* de John Hannigan, traducido al portugués en el mismo año que el anterior, por su propuesta constructivista, ignora sin mayores consideraciones los trabajos de la modernización ecológica.¹¹

Esta situación se explica por dos razones. 1) A partir de 1995 comienzan a ser publicados los trabajos más sólidos de este enfoque; antes de esta fecha el ambientalismo de denuncia era el pensamiento dominante no sólo en las ciencias sociales sino de la vanguardia social. 2) Como entiende Buttel, las otras corrientes habían agotado su poder explicativo y se mostraron incapaces de explicar los procesos de cambio de la década de 1990.¹²

Una primera característica que puede ser notada de acuerdo con Arthur Mol, uno de los principales animadores de este enfoque, es su singularidad frente a los enfoques de la ecología humana (supra), neo-marxistas, de la contra-productividad, también conocidos como des-industrialización o des-modernización, de perfil posmoderno. Esta distinción, en medio de un fuego cruzado entre biocéntricos y antropocéntricos, le otorga un cierto sabor conservador y mesurado, aunque abierto a la dimensión cultural, tecnológica y a la perspectiva tecnoburocrática y corporativa.¹³

⁹ BUTTEL, 1987.

¹⁰ VAILLANCOURT, 1995.

¹¹ HANNIGAN, 1995.

¹² BUTTEL, 1987.

¹³ MOL, 1995.

Maarten Hajer, al igual que Cristoff, opina que deben ser distinguidas dos vertientes dentro de este enfoque. Una que destaca la modernización ecológica tecnocorporativista y otra modernización ecológica reflexiva. En el primer caso se trata de cambios formales en la estructura gerencial, mientras que en el segundo caso son asumidas prácticas de aprendizaje social, políticas culturales y nuevos acuerdos institucionales.¹⁴

Esta distinción recuerda el fuerte énfasis dado en sus esbozos al cambio tecnológico visto como motor para la superación de la crisis ambiental, como en la visión shumpeteriana. Esta tendencia luego habría de ser corregida, sentando las bases de una perspectiva más atenta a los engranajes socioambientales.

Joseph Huber, considerado el fundador de la teoría de la modernización ecológica, revela a lo largo de su producción académica, iniciada en 1980, una substitución progresiva de la dimensión social por el desarrollo industrial de la sociedad. Para él, modernizar la modernidad significa reparar el diseño estructural equivocado que condujo a la desestructuración institucionalizada de la naturaleza. En su tesis central, Huber distingue tres categorías o esferas: sistema industrial (tecnoesfera), mundo de vida (socioesfera) y naturaleza (biosfera). El problema que vive la sociedad contemporánea se explica básicamente por la forma como la tecnoesfera se ha impuesto sobre las otras dos. La solución, argumenta el mismo autor, demanda una reestructuración socioecológica que rebase y penetre las instituciones centrales de la tecnoesfera.¹⁵

Claramente puede apreciarse el paralelismo de este enfoque con la teoría de la acción comunicativa de Habermas. Para este autor la desestructuración aparece precisamente cuando las formas de racionalidad económica y administrativa irrumpen y cooptan la esfera comunicativa. Es decir, cuando afectan el ámbito estético, es decir, de la cultura. En ambos modelos se entiende la modernidad como un proyecto inacabado, incompleto. Su corrección, retomada, debe garantizarse por una mayor racionalidad. La diferencia, sin embargo, radica en la percepción de lo

¹⁴ Hajer, 1995; Cristoff, 1996, cit. en MOL y SPAARGAREN, 2000, p. 21.

¹⁵ Huber, 1985, cit. en MOL y SPAARGAREN, 2000.

que debe ser reparado o recuperado: de acuerdo con Huber, el trabajo debe realizarse en la misma esfera deformada (tecnoesfera), mientras que para Habermas es la esfera agredida (cultura) la que debe ser restablecida a fin de imponer límites a la primera.¹⁶

Mol y Spaargaren dicen que la innovación tecnológica no es el aspecto central ni único en que depositan su interés por las reformas. Otras dimensiones serían igualmente importantes, por ejemplo, la transformación de las viejas instituciones del Estado-nación, las reformas ambientales, el nuevo papel del mercado y de los actores económicos en tanto protectores ambientales, el aumento de incertezas e inseguridad relacionada con los riesgos ambientales, así como las nuevas estrategias de manejo (industrial, ecológico) propiciadas por el carácter dinámico del conocimiento científico. La modernización ecológica insiste que la crisis de la modernidad es una crisis ambiental y, por lo tanto, el ecologismo sería hoy la Grande Narrativa que substituye las Grandes Narrativas emancipatorias del Iluminismo.

Otra confluencia notable puede ser descubierta en las tesis del ecodesarrollo de Ignacy Sachs. Probablemente remiten al pensamiento de su maestro, el economista polaco Kalecki, quien en los años sesenta “enfaticaba las fuentes de desarrollo que no involucran inversión, por medio de mejoras en la gestión de la producción y la distribución. La eliminación de desperdicios libera recursos para el desarrollo sin aumentar [necesariamente] el flujo de materiales”.¹⁷ Incluso se puede afirmar que el ecodesarrollo y la modernización ecológica son adustas formulaciones del concepto de desarrollo sustentable popularizado en el Relatorio Brundtland de 1987.¹⁸ Ambas corrientes niegan y por momentos evitan entrar en la discusión sobre la paralización del modelo vigente, sugeridas en el Informe Meadows de 1972. En los dos casos es posible encontrar afirmaciones del estilo: “crecimiento no implica necesariamente mayor degradación”; “una industria puede aumentar su producción y no por eso

¹⁶ HABERMAS, 1994.

¹⁷ SACHS, 1993, p. 22.

¹⁸ LENZ, 2000.

tornarse más contaminante, de la misma forma que una reducción de su productividad no es garantía de una disminución de sus impactos negativos sobre el medio ambiente”.¹⁹

Las diferencias más acentuadas entre uno y otro enfoque pueden ser distinguidas en las tesis de Sachs sobre la necesidad de crear una nueva matriz tecnológica. Este autor reclama insistentemente la insustentabilidad inherente al sistema de producción-consumo de los países altamente industrializados, llevando en consideración las incoherencias y obstáculos para que la transferencia tecnológica hacia los países menos desarrollados tenga éxito. En consecuencia, el perfil de la reestructuración que defiende como viable, no es una reforma del diseño industrial, sino la formulación de un nuevo modelo o estilo de desarrollo que tome en cuenta las capacidades técnicas y las innovaciones (locales) no contaminadas por el industrialismo occidental.

Al fundamentar el contexto de referencia de la modernización ecológica, Mol nos habla de dos momentos de apertura y consolidación de una alternativa civilizatoria ecológica: *ecologización de la economía y economización de la ecología*. Considera que existen razones para afirmar la emancipación de la ecología frente a la esfera económica: su constatación sería el tránsito del ambientalismo de la periferia al centro de la modernidad que inicia en la última parte de la década de 1980. Esta década marca el inicio de la tercera fase del ambientalismo al interior de la sociedad industrial. Después de la emancipación tendría que darse una reunificación, economizar la ecología.

Me parece que el desafío se traba no solamente en relación con la internalización de costos ambientales, el problema para llevar a cabo este segundo escenario (economizar la ecología) depende de una refundación de lo económico, pues no existen soluciones para superar las causas primeras de la acumulación y el consumo, tal y como mostró un estudio sobre el reciclamiento de basura en Chicago realizado bajo las premisas de la modernización ecológica.²⁰

¹⁹ SACHS, 1993.

²⁰ PELLOW, SCHNAIBERG y WEINBERG, 2000.

Para los críticos de la modernización ecológica, los cambios distinguidos por la teoría encubren la continuación del orden establecido y prolongan la desigualdades sociales, entre humanos y no humanos, pues las prácticas socioeconómicas continúan indiferentes y dominadas por la misma lógica de acumulación.²¹

En respuesta, Mol y Spaargaren dicen que es importante dejar claro que la modernización ecológica no está interesada en presentar el capitalismo como esencial para una producción ambientalmente correcta, no de la forma como lo hacen los neoliberales. Pero, por otra parte, tampoco justifican la acusación de que el capitalismo sea el principal responsable por la crisis ambiental. De acuerdo con estos autores, el capitalismo está siempre en mutación, y en la actualidad el principal estímulo para el cambio es provocado por las cuestiones ambientales. La producción y el consumo sustentable son posibles bajo diferentes modos de producción y cada uno requiere reformas específicas, su propio tipo de arreglos y estrategias. En resumen, el capitalismo no es precondition ni obstáculo para poner en marcha reformas ambientales.

El debate va lejos y no es en este espacio que pretendo agotarlo. Consideraré tan sólo dos últimas cuestiones relacionadas con mi tema. La primera tiene que ver con la ausencia de una teorización que considere las diferentes escalas espacio-temporales en las que se desenvuelven los problemas ambientales. Gestionar la biodiversidad implica procesos de negociación, en los cuales poder y conocimiento están distribuidos desigualmente. La teoría no nos dice nada sobre regímenes internacionales o ámbitos de disputa sobre recursos de propiedad difusa como la biodiversidad.

La segunda, se refiere a su traducibilidad (en el sentido de llevarla más allá) para explicar los contextos particulares de las economías emergentes: ¿cómo deberá ser adaptada para explicar reformas del Estado-nación, donde más que un proyecto inacabado de la modernidad se verifica una virtual co-presencia de formas y prácticas políticas y económicas abigarradas, un empresariado vulnerable y medianamente maduro y una

²¹ O'Connors, Schnaiberg, Golbatti y Blühdorn, cit. en MOL y SPARGAREN, 2000.

capacidad de consumo restringida y atropellada por las imágenes de los medios masivos de comunicación?

DE LA INSEGURIDAD AL CONSUMIDOR REFLEXIVO

¿Qué vino primero, pregunta la Barbie de Stasko: la belleza o el mito? ¿Y si se me quiebra una uña mientras duermo, será que de cualquier forma estoy en crisis?

NAOMI KLEIN, *Sem Marca*

En esta sección prestaré atención al vínculo entre reforma ambiental y consumidor reflexivo. Me interesa definir la importancia que tiene el consumo de cosméticos dentro de una sociedad como la brasileña, social y económicamente heterogénea, pero absolutamente preocupada por la apariencia y la forma. Dos datos expresivos: el consumo de cosméticos creció 15.3 por ciento en el 2002, mientras que la economía nacional apenas superó la cifra de 1.5 por ciento. En Brasil es en donde se realiza el mayor número de cirugías estéticas después de los Estados Unidos. ¿Cuáles son los procesos sociales y las ideologías que alimentan este consumismo para favorecer la estética corporal?

Antes de Giddens y de Beck, los clásicos de la sociología se preocuparon por explicar la naturaleza de la modernidad y sus instituciones. En sus respectivos enfoques destacaron alguna dimensión, sin duda la que consideraron más importante, para explicar la ruptura de la modernidad con el orden tradicional, así como los diferentes aspectos y rasgos que caracterizaban mejor la nueva realidad social manifestada con fuerza durante el siglo XVIII y XIX en el contexto de la “doble” (en alusión al calificativo dado por Eric Hobsbawm) Revolución, industrial y francesa, y los ideales emancipadores del Iluminismo.

De forma sumaria, el foco de su atención descansó en los procesos políticos, el nuevo orden y racionalidad económicos que surgieron con la expansión de las fuerzas productivas y la nueva división del trabajo, los cambios en la formación de un nuevo individuo y la progresiva separación de las diferentes esferas: moral, económica y política.

Como es sabido, la tradición de los clásicos fue una influencia pesada en todo el desarrollo posterior de las disciplinas sociales y tardó mucho en

ser superada. Esta transcendencia reconoce una tensión e incorpora una nueva dimensión en el pensamiento social. Los clásicos privilegiaron los análisis estructurales y marginaron los enfoques centrados en el actor; asimismo, dejaron completamente fuera la dimensión ambiental del cuadro explicativo. Se entiende pues, que el esfuerzo de la nueva teoría se propone subsanar estas deficiencias.

El mérito, si alguno debe reconocerse, del análisis institucional de la modernidad que nos ofrece Giddens, consiste en dos operaciones básicas. El sociólogo británico recupera y reconoce las dimensiones y esencia de la modernidad de acuerdo con los clásicos; retoma nociones hasta cierto punto dispersas y las integra en un esquema comprensivo y extensivo más acorde con las características de la globalización como ahora se presenta. La segunda operación giddeana consiste en su dupla hermenéutica: el fracaso de los sistemas especializados y la circularidad de la razón. Esta última noción es una especie de catalizador del primero, pues su carácter perentorio dentro de la modernidad permite o al menos promete una continua revisión de los que, bajo su esquema, son considerados errores atribuibles a los sistemas abstractos y errores del operador.

Algunos autores consideran que el mayor problema de su modelo explicativo se localiza en su pretensión metodológica: “su insistencia en trasladar un padrón específico de la modernidad, del sistema para los actores” y, al ofrecer una interpretación de la fuente ontológica de la modernidad, sugiere “una lectura de la globalización como la expansión de un tipo particular de subjetividad”.²²

Por mi parte, pienso que la expansión de la modernidad en Giddens y Beck aparenta un recorrido sin fisuras, homogéneo en su esencia, aunque asumido heterogéneo en la superficie. Las contracorrientes y abismos económicos, políticos y culturales son asumidos en sus esquemas como obstáculos pobres e insuficientes que habrán de ser superados, hasta que dicha expansión sea plena y omnipresente. El clima de inseguridad, que ellos colocan en el centro de su cuadro —concebido como consecuencias contraintuitivas del funcionamiento de los sistemas tecnocientíficos—, se

²² COSTA, 2001, p. 109.

revela mucho más complejo si tomamos en consideración la existencia de subjetividades alternas y contextos sociales híbridos como los latinoamericanos.

La constitución de subjetividades diferenciadas es importante en la medida que pretendemos elucidar procesos de reforma institucional en contextos no europeos y caracterizados por la co-presencia de órdenes y sentido modernos y premodernos; por la relativa debilidad (amateurismo) del sector empresarial nacional; por las ambigüedades y retrasos de la reforma del Estado, y, finalmente, por la limitada extensibilidad de un individuo reflexivo, como lo quieren Giddens y Beck en su sociedad de abundancia.

Recupero de Giddens y Beck la inserción original de la crisis ambiental dentro del contexto de la sociedad industrial. De acuerdo con esta lógica la pérdida/conservación de la biodiversidad no sería simplemente una consecuencia de los desajustes o errores del sistema, sino la evidencia palpable de una construcción reflexiva global. Esta reflexividad tendría soporte en las diferentes instancias que sugieren modelos de gobierno planetario. La CDB sería un ejemplo, y su papel, más allá de las graves limitaciones, estaría coadyuvando en la reparación y transformación de las relaciones entre los seres humanos y su medio ambiente. Este posicionamiento confirmaría un “no salir de la modernidad”, pues las discontinuidades que definen el perfil de la modernidad no desaparecen ni sucumben, más bien se radicalizan, ampliando la capacidad de diálogo de los actores sociales.²³

Para Beck la pérdida de certezas en la sociedad industrial y la conciencia que deriva de la situación de riesgo y hecatombe indiferenciada (democratización del riesgo), ahora domina el pensamiento de las personas, las cuales incorporan la duda como principio ordenador de sus vidas.²⁴ El resultado es un debilitamiento de la política tradicional y un afianzamiento de la *sub-política*, término que sugiere una recuperación de lo político (vaciado actualmente de contenido) desde el ámbito de la vida privada.

²³ GIDDENS, 1991, p. 13.

²⁴ BECK, 1996, p. 21.

De acuerdo con esta sub-política, en la intimidad familiar se estarían cocinando las nuevas batallas, que más que verdaderas protestas sociales, se evidencian como accesos de furia y rabia, como sugiere sarcásticamente Bauman,²⁵ puesto que su principal estímulo vendría de la insatisfacción que experimentamos en nuestro papel de consumidores “exigentes” y reflexivos. Comer, beber, vestir, mantenerse en buena forma y divertirse son actos que traducen bien las arenas de la sub-política en esta modernidad *light*.

En la próxima sección discutiré sobre la base de esta suposición: la circularidad de la razón no es suficiente para celebrar la posmodernidad, ni siquiera como la desea Giddens.

Públicos reflexivos y política de la identificación

El sociólogo brasileño Leonardo Avritzer se refiere a esta insuficiencia y nos propone una salida. Su propuesta pretende recuperar el carácter dialógico de la teoría comunicativa de Habermas y asociarla a la teoría de la reflexividad de Giddens (participación–racionalidad); una vía, según él, para reconciliar la tradición crítica con la tradición democrática. Para este propósito Avritzer se sirve del concepto de esfera pública, el cual introduce una tensión entre la autonomía de los sujetos, actores críticos y la masificación de la producción industrial.²⁶ Esta tensión será básica para contestar las tesis sobre la decadencia de la esfera pública, o que también puede ser expresada como una indefinición sobre lo que aún se mantiene público y privado y sus transformaciones en la alta modernidad.

Por este sendero se abre un panorama interesante para profundizar nuestro tema. Pues nos sugiere prestar atención a las formas y caminos que adoptan y toman los productos y mercancías relacionadas con los discursos de la biodiversidad para tener presencia pública en tanto productos culturales. Esta preocupación no es nueva y su formulación como problemática la debemos a los teóricos de la Escuela de Frankfurt. Se trata de la

²⁵ BAUMAN, 2001.

²⁶ AVRITZER, 2000, p. 61.

contradicción estructural que emerge a partir de la semejanza entre la forma mercancía y el proceso de recepción de los productos culturales. Éste es el meollo de varios argumentos que subscriben el retraimiento del público activo (consumidor) hacia una privacidad perversa y alienada. Habermas, quien se encuentra entre los suscriptores, en un segundo momento reconocerá el carácter pluralista y diferenciado de las masas.²⁷

La noción de *públicos reflexivos* funde en una sola formulación la dimensión cultural y política del concepto de esfera pública con el de reflexividad (consumidor). Con ella salimos de las redes de la subpolítica, del individuo anclado en la institucionalización de la duda. Porque lo que detona la reflexividad es también el extrañamiento del “otro”, la confrontación de mundos de vida con sus márgenes de alteridad, así como los mecanismos de mediación y los juegos de la cultura política que no se escinden de la esfera pública, sino que se transforman en el impulso de los medios teleinformáticos y los nuevos contextos interactivos de la globalización. La globalización significa mayor circulación de información y, al mismo tiempo, emergencia de mayor ambigüedad. Homogenización que se dibuja en la circularidad de la razón como posibilidad de sobrevivencia de las instituciones (reformarse o morir) y heterogeneidad y multiplicidad producida en razón de la contigüidad de las diferencias y descompasamientos de las prácticas sociales.

En este punto creemos haber llegado a un puerto promisor: un modelo que se afianza en el reconocimiento de la capacidad reflexiva e interactiva de los consumidores (públicos en general), de forma tal que la reforma ecológica —reestructuración institucional— se vea vigorizada no por un exclusivismo empresarial (internalización de beneficios), sino por una “política de identificación”, como la entiende Maffesoli,²⁸ donde el *ethos* social se exprime por virtud de la “atracción de las sensibilidades”.

En otras palabras, rescatamos la “cosmética” en su virtualidad estética; ella es parte de una sociabilidad enclavada en el consumo destinado a valorizar el cuerpo, presentarlo, darle sentido. Este es el “fondo de las apari-

²⁷ AVRITZER, 2000, p. 69.

²⁸ MAFFESOLI, 1999.

encias” de la producción y el consumo cosmético. Un tema interesante porque las demandas de consumo verde se conjugan con las políticas de identificación y los procesos tecno-industriales de producción industrial. Entonces vislumbramos el carácter diacrítico de la modernidad: uno que supone los límites de la reflexividad como elemento definidor de la reforma institucional y que la relanza sobre las bases de una sociabilidad estetizada; enraizada si se quiere en la base de temores, pero, sobre todo, en un “estar junto” a las comisuras de la apariencia.

LO MÁS PROFUNDO ES LA PIEL: APROXIMACIÓN A LA SOCIEDAD COSMÉTICA

A continuación esbozaré, con todo lo ya discutido, algunas nociones sobre la sociedad cosmética. Haré explícita la forma como la interpreto, dado que no existe una teorización particular sobre ella. En este esfuerzo me situaré distante de la modernización ecológica con la finalidad de rescatar los elementos estéticos y culturales que hacen de la sociedad cosmética una realidad sociológica y una forma social específica de la pos-modernidad.

La condición ontológica de la sociedad cosmética ha sido tema tangencial dentro de la crítica a la sociedad de consumo iniciada por los autores de la Escuela de Frankfurt. Bajo esta crítica se negó cualquier capacidad reflexiva al consumidor, por naturaleza alienado y sometido a las reglas del mercado.

Desde Simmel, pasando por Adorno, Benjamín e Horkheimer, hasta Maffesoli y Boudrillard, son buscados los elementos para construir el perfil de una sociedad que se reinventa y se agota en su fascinación y decadencia. La sociedad cosmética es prefigurada en una teoría sobre la moda y el dinero, en la discusión sobre la masificación del consumo cultural estremecido por la lógica de significación de la inscripción normativa o como en Boudrillard, “semiurgia radical”, en la que toda mercancía —incluida la cosmética— es producida como signo y valor de cambio, dentro de una lógica normatizadora. Por un lado, el consumo, como epítome de las fuerzas del mercado fue visto como el fragmentador y desestructurador de las tradiciones y las identidades colectivas tradicionales;

por el otro, pasó a ser considerado no solamente inscrito dentro de contextos culturales específicos, sino como un poderoso factor determinante de las relaciones sociales.

Consumo

Una parte fundamental de nuestro ser en la modernidad es definida por la forma de consumir; por aquello que consumimos en relación a lo que no consumimos; por los espacios y tiempos donde se inserta el acto de consumo. Las elecciones que hacemos entre las innúmeras opciones existentes en el mercado —tomando en cuenta su precio, disponibilidad, imagen, símbolo, prestigio social y estatus— se sitúan en dos planos primarios: el de las preferencias y gustos íntimos y el de los marcos socioculturales bajo los cuales se desliza la sociabilidad.²⁹ De acuerdo con la matriz teórica, los estudios sobre consumo han tendido a destacar uno de estos planos por encima del otro, en vista de la dificultad para establecer fronteras precisas entre aspectos volitivos, subjetivos y las normas y reglas que emanan de los ambientes socioculturales.

En sociedades premodernas no existía propiamente sociedad de consumo, no al menos con la connotación que hoy le damos al término. En estas sociedades el consumo era limitado a los bienes de uso y cambio dentro de economías naturales. Objetos suntuarios circulaban dentro de redes perfectamente bien establecidas, a través de las cuales se afirmaban lazos y compromisos sociales. Estos objetos, en su calidad de símbolos, eran usados para reafirmar el prestigio social dentro de una economía moral y un orden ritual predefinido. Hablamos de objetos suntuarios (collares, pulseras, anillos, penachos, etc.) porque ellos se nos presentan como *font et origo* de la sociedad cosmética.

Al devenir la modernidad, los productos de consumo primario y bienes de cambio (artefactos del cuerpo) transmutan su esencia en el proceso de su masificación. Esta transmutación, encarnada en la separación del trabajador de sus medios de producción, impone implícitamente la proli-

²⁹ DOUGLAS, 1996.

feración de productos y artículos que para continuar sirviendo como demarcadores de estatus y participar de economías morales destribilizadas, por así decirlo, deben necesariamente ser renovadas continuamente.

La masificación simula una democratización ciudadana (del consumidor) al inventar el mito del mercado abierto para todos, de esta forma los individuos son transformados a meros reflejos de la lógica productiva. Entonces lo que debe ser subrayado son las ligas entre el sistema de producción industrial y los estilos de consumo, elevados a condición ontológica en la posmodernidad.

Una frase recurrente en la modernidad es de que todos somos consumidores; otra afirma que el consumo se convirtió en el consumo de todo, pues siendo éste exclusivo y diferenciado se tornó en una de las principales fuentes de manutención de las fronteras sociales. Es como si en el acto de consumir reivindicásemos los límites de un territorio minado, cuyo salvoconducto fuese dado por las logo-marcas de la cultura global.³⁰

Sociedad cosmética

En la posmodernidad la sociedad cosmética sale para extender su propia banalización, al tiempo que se descubre en la tensión de lo ecológicamente correcto y lo económicamente lucrativo.

Tal y como suponen todas las vanguardias, la sociedad cosmética se tonifica inscribiéndose en la novedad, ella se diferencia de las formas y estilos que le son al mismo tiempo contemporáneos y decadentes. Su afirmación se hace por encima de lo ultrapasado, no ya lo tradicional sino lo menos moderno. La vanguardia tiene dos connotaciones, una estética y otra social, y en este contexto sirve para aprehender la sociedad cosmética dentro del proceso civilizador como lo entiende Norbert Elias. Evidencia la liberación del arte y el impulso creativo de estar al frente de la moda, consecuentemente representa la tácita declaración de una asimetría socioeconómica y un desfase cultural, pues crea, en virtud de los epicentros de la moda, conjuntos de regiones atrasadas en términos del

³⁰ KLEIN, 2002.

consumo. La moda y la vanguardia no solamente provocan una implosión de sentido, también construyen mecanismos mediadores entre los públicos selectos y la *plebe* —entre centro y periferia—, ofreciendo rumbos y tendencias que vacilan entre el espíritu marcadamente narcicista del creador, diseñador o firma (*griffe*) y la vulgarización que sucede en la diseminación: el momento justo en el que la vanguardia muere. Cuando, por ejemplo, las economías informales del Tercer Mundo saturan los mercados de productos falsificados.

La globalización de la economía y los sistemas de comunicación y transporte ultrarrápidos nos hicieron pensar en un primer momento en la instantaneidad y homogenización de los gustos y preferencias, pero ellas se presentan como contextualidades diacríticas, ya que toda contigüidad da paso a la emergencia del contraste y la diferencia. La homogeneización del gusto es una tendencia global que choca sin solución aparente contra los predicados locales; insoluble como las mismas contradicciones del capitalismo. La sociedad industrial que consume cosméticos hace mucho está actuando, expandiéndose y ganando nuevos adeptos, transformándose (haciéndose más ecológica) y creando zonas diferenciadas de consumidores de productos cosméticos.

Nada como los artefactos del cuerpo para la progresión del proyecto civilizador. Emblema privilegiado de la modernidad por hacer referencia a la *performance* del cuerpo, la imagen transformativa del individuo moderno y su impermanencia: “Una de las mayores mentiras de la industria de la belleza —comenta Anita Roddick fundadora de *The Body Shop*— es de que la mujer puede volver al tiempo, usando una crema facial”. Más incisiva agrega: “El hecho de que muchas mujeres actualmente estén insatisfechas con sus cuerpos es una demostración de que la estrategia de la industria de la belleza funcionó”.³¹

Hoy en día dos fenómenos corren paralelos: 1) la masificación del gusto implica una verdadera globalización del consumo cosmético. Esta masificación se verifica en la padronización estética de los cuerpos y lo que se dice ser el ideal de belleza en sentido contrario a estéticas múlti-

³¹ RODDICK, 2002, pp. 91 y 98.

ples; 2) el grado de sofisticación y complejidad de la producción industrial cosmética, los montos de materia prima procesada, el capital que moviliza y los diferentes pisos tecnológicos que la integran.

Biodiversidad cosmética

La biodiversidad siempre estuvo presente en todas y cada una de las manipulaciones humanas, inclusive sin que supiéramos que era biodiversidad. Cuando es reconocida dentro de la modernidad es porque entró en su ciclo de reproductibilidad. A través del proceso tecnointustrial, la biodiversidad se instala como elemento guía de la, por así decirlo, “sensibilidad cosmética” para lo ecológico.

Esta inserción es sumamente importante porque al mismo tiempo que incorpora elementos inéditos, también reincorpora valores procedentes de la tradición. En la baja modernidad había claramente un apelo para establecer la ciencia de la cosmética. Las mitologías edificantes de esta industria, en el sentido de Roland Barthes, realizaban una especie de falsificación sobre el destino de los cuerpos y, apoyadas en un discurso pseudomédico, se esforzaron en eliminar todo rastro de vida rural y recetas caseras. Ésta fue de hecho la expulsión de las brujas y los alquimistas que se prolongó hasta el día de hoy. Es claro que la industria cosmética al obrar de esta forma se hizo cómplice de las dudas existenciales y los temores del hombre y la mujer moderna, haciendo de la belleza un dispositivo fundamental de defensa y supuesta prevención contra lo peor de todo: el envejecimiento.

En la sociedad de riesgo, la industria cosmética cayó en un gran descrédito, principalmente por el hecho de estar relacionada con la industria química, considerada como uno de los sectores más agresivos al medio ambiente. Su discurso pseudomédico comenzó a ser seriamente cuestionado. También, a finales de los setenta, el movimiento en contra del uso de animales en los laboratorios farmacéuticos y cosméticos, consiguió alertar a la opinión pública sobre las prácticas “macabras” realizadas en nombre de la salud y bienestar humano. En los años ochenta algunas empresas habían sido sensibles e iniciaron cambios importantes en sus prácticas productivas. Los noventa se distinguen por una suerte de

retorno a las “recetas de la abuela”, a la recuperación de historias relacionadas con los orígenes preindustriales donde el laboratorio era más parecido con las viejas cocinas y las fórmulas habían sido transmitidas de generación en generación.

En este contexto, la biodiversidad fue incorporada al proceso industrial por referencia a la Madre Tierra y a los valores derivados en su calidad de madre protectora, bondadosa y original. Siguió entonces, en todo el mundo, una avalancha de productos y marcas basados en productos naturales o que simplemente se montaron en los vientos ecológicos. En 1991 O Boticário, la segunda empresa brasileña más importante de cosméticos, creó su fundación de protección a la naturaleza y, años más tarde, Natura, la primera, lanza su línea de productos fabricados a base de activos de la biodiversidad.

El substrato de las artes de manipulación siempre desempeñó un papel activo en la identidad de la industria cosmética. Si pensamos en la propaganda, veremos siempre una asociación táctil, olfativa, visual, remitida a elementos o memorias hogareñas, a los tratos de la madre, en fin, a algo que se vincula con la tradición. La reflexividad nueva y abierta nunca consigue eliminar por completo la tradición y después de un tiempo llega hasta a depender de ella para desdoblarse.³²

El indiscreto encanto: celebración y muerte

Sí, se trata de una evolución tecnológica, de una reforma institucional, pero si observamos con detenimiento se trata de una mutación del capitalismo donde la producción es substituída por la superproducción de mercancías: “no se compra más materia prima o se venden productos acabados, se compran productos terminados y se montan piezas. Lo que quiere vender el capitalismo son servicios, y lo que quiere comprar son acciones”.³³ Para Boudrillard, la superproducción es el imperativo sistémico que actúa en plena concordancia con la lógica política del sistema.³⁴

³² SANTOS, 2000.

³³ DELEUZE, 1991,

³⁴ Cit. in KROKER, 1994, p. 302.

La superproducción dentro del contexto de la globalización se representa a sí misma por su condición desterritorializada. Se anuncia y desvenda en la saturación de mercados y en las innovaciones mercadológicas que sugieren la adyacencia y separación de los públicos consumidores. Su característica fantasmal es representada en las *Zonas Económicas de Procesamiento*, áreas situadas en países subdesarrollados, donde las corporaciones multinacionales tercerizan su producción sobre la base de salarios bajos y la violación de las leyes laborales.³⁵

A través del *branding* (gerencia de la marca y no de los productos como hace el *marketing*) las grandes corporaciones consiguen introyectar valores de consumo como si fueran esenciales para la reproducción cultural. La fórmula del *branding* puede ser resumida como cooptación del espacio público y moldeamiento de las identidades. Ella sintetiza los procesos sociales capilares que permiten que una marca sea incorporada en las diversas dimensiones de la vida cotidiana. Una marca de cosméticos ya no se dedica únicamente a vender cosméticos como antiguamente, también vende de todo y promueve todo, se extiende hacia otros ramos siempre y cuando sea posible transmutar el valor de la felicidad por la fragancia de la casa.

El proyecto del yo, proceso de individuación que en Giddens se radicaliza, implica que los individuos pasan a medir sus capacidades de acuerdo con evaluaciones constantes sobre los dispositivos y contextos de riesgo-seguridad, tornándose más reflexivos.

Para Baudrillard la masa es lo único que resta cuando se hizo desaparecer totalmente lo social. Su posible continuación —de lo social, del proyecto de la modernidad— se realiza en la máquina en tanto reaprovechamiento de desechos, pues ésta es la respuesta a la saturación, al amontonamiento y la densificación. “En efecto estamos en la civilización de lo supersocial y, a la vez, en la civilización de lo no degradable, de los residuos indestructibles, que se van acumulando conforme se expande lo social.”³⁶

³⁵ KLEIN, 2002.

³⁶ Boudrillard, cit. en KROKER, 1994, p. 298.

En la obra de Maffesoli se entiende que el individuo se recupera a sí mismo en el *placet futile*, en el juego de las apariencias, en la banalidad y la futilidad se deshebra una sociabilidad que este autor llama de ética estética, que no es otra cosa sino el placer de estar juntos, especie de “agregaciones afectivas” o neotribalismo que va al encuentro de una celebración de la vida.³⁷ No existe densificación, todo se recrea por el instinto de subversión del tiempo regido por el trabajo y la búsqueda posible del bienestar.

De lo anterior derivamos dos ópticas que nos ayudarán a situar la experiencia vital del individuo en la sociedad cosmética. 1) Celebración no por la garantía de la razón, sino por una co-presencia de gestos, humores, gustos y expresiones. La sociedad cosmética sería partícipe de lo que Maffesoli llama de “estilo hedonista” o “cosmética trascendente”. Algo que es independiente de las clases sociales, del poder adquisitivo y que recorre toda sociabilidad; siempre ha estado presente, a pesar de su retroceso o adormilamiento en ciertas épocas. La modulación de las apariencias, desde artefactos del cuerpo, forma una especie de *ethos*, de valor transversal, porque no es su exclusivismo sino su generalidad —factor de imitación—, como tema que atraviesa todos los estratos sociales, lo que le otorga su particularidad. 2) La saturación de todo no propicia la liberación, emancipación o resurrección del sujeto, tal vez porque la puesta en práctica de la libertad en el acto de consumo no estremece en nada la lógica política del sistema; tal vez, como sugiere Bauman, porque los horizontes de la inseguridad fueron ampliados en la misma proporción que el margen de libertad.³⁸ Aún tendremos que batallar para saber qué hacer con ella (con la libertad).

Exhumación

La premisa básica de la modernización ecológica, y que tanto detestan sus críticos, es que dicha reforma, entendida como algo más profundo que se

³⁷ MAFFESOLI, 1999.

³⁸ BAUMAN, 2002, pp. 23 y 24.

incorpora al interior de las instituciones, será en gran parte modulada por las exigencias del mercado. Antes de substantivizar, como de costumbre habría que relativizar el sentido de la reforma, por qué no, partiendo de su lado aparentemente sólido. Pues, como afirma Giddens, el cambio tecnológico —vital para dicha reforma— no ocurre independiente de los usos que los agentes sociales hacen de la tecnología. ¿La reforma se entenderá más plenamente como un espejo a veces deformado y a veces fiel de lo que los consumidores prefieren o están dispuestos a pagar? ¿Será suficiente contraponer al carácter industrial y normativo de la reforma, una teoría flexible sobre el consumo, que lleve a cabo la *mixórdia* (en el original portugués, significa mezcla de cosas heterogéneas) de voluntades y de planos culturales?

Cuando todo se desvanece en el aire, el consumo emerge como lo único perfecto, luego entonces, el único rasgo político del que aún nos preciábamos se ilumina con el miedo ontológico posmoderno. ¿Será festiva o vaciada de todo sentido nuestra vuelta al *shopping center*? La designación de una reforma para sugerir el tránsito de sentidos y sociabilidades inscritas en la piel, sugiere una paradoja. Más allá de la reforma vislumbramos la superficie, aquí en la superficie la profundidad. Todo depende de lo que entendamos por estos términos en relación con las maniobras técnicas, el aumento de la eficiencia energética, el reciclaje de desechos o el refinamiento de la producción. Depende, en fin, de una rehabilitación de los cuerpos concebidos como *feixes* anhelantes y carismáticos prontos, dispuestos siempre para una perpetua consumación.

BIBLIOGRAFÍA

AVRITZER, Leonardo

- 2000 "Entre o diálogo e a reflexividade. A modernidade tardia e a mídia", en L. Avritzer y M. Domínguez (orgs.), *Teoria social e modernidade no Brasil*, Editora Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, pp. 61-83.

BAUDRILLARD, Jean

- 1992 *A transparência do mal. Ensaio sobre os fenômenos extremos*, 2a. ed., Papyrus, São Paulo.

- BAUMAN, Zygmunt
 2001 *Modernidade líquida*, Jorge Zahar Editora, Río de Janeiro.
 2002 *Comunidade: a busca por segurança no mundo atual*, Jorge Zahar Editora, Río de Janeiro.
- BECK, Ulrich
 1996 "A reinvenção da política: rumo a uma política da modernização reflexiva", en U. Beck, A. Giddens y S. Lash, *Modernização reflexiva*, UNESP, São Paulo
- BUTTEL, Frederick
 1987 "New Direction in Environmental Sociology", *Annual Reviews in Sociology*, 13: 465-488.
- CALLON, Michael
 1986 "Some elements of a Sociology of Translation: Domestication of Scallops and Fishermen of St. Briec Bay", en J. Law (ed.), *Power, Action and Belief: a New Sociology of Knowledge*, Routledge, London.
- CHERNI, Judith
 2003 "Perspectiva conceptual y práctica de la modernización ecológica y la globalización", *Revista Theomai. Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo*, Argentina, núm.7.
- COSTA, Sergio
 2001 "A sociedade mundial, reflexividade e a globalização brasileira", en H. Leis I., Sherer-Warren y S. Costa (orgs.), *Modernidade crítica e modernidade acrtica*, Cidade Futura, Florianópolis, pp.99-115.
- DELEUZE, Giles
 1991 "Posdata sobre las sociedade de control", en C. Ferrer (comp.), *El lenguaje literario*, t. 2, Editorial Nordan, Montevideo.
- DOUGLAS, Mary.
 1996 *Thought Styles*, Sage, London.
- FRIJNS, Jos, Thuy PHUONG y Arthur MOL
 2000 "Ecological Modernisation Theory and Industrialising Economies: The Case of Viet Nam", en A. Mol y D. Sonnenfeld (eds.), *Ecological Modernisation Around the World. Perspectives and Critical Debates*, Frank Cass Pub., London, pp. 256-292.
- GIDDENS, Anthony
 1991 *As conseqüências da modernidade*, UNESP, São Paulo.
- HABERMAS, Jürgen
 1994 "Modernidade versus posmodernidad", en J. Picó, *Modernidad y posmodernismo*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 87-102.
- HAJER, Martin
 1995 *The Politics of Enviroment Discourse: Ecological Modernization and the Policy Process*, Clarendom, Oxford.

- HANNIGAN, John.
 1995 *Sociologia ambiental. A formação de uma perspectiva social*, Instituto Piaget, col. Perspectivas Ecológicas, Instituto Piaget, Lisboa.
- HENDY, D.
 1996 "The Green Theory", en *Drugs and Cosmetic Industry*, Nueva York [www.highbeam.com]
- KLEIN, Naomi
 2002 *Sem logo: A tirania das marcas em um planeta vendido*, Record, Río de Janeiro.
- KROKER, Arthur
 1994 "El Marx de Baudrillard", en J. Picó, *Modernidad y posmodernismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, pp. 293-319.
- LATOUR, Bruno y Steve WOOLGAR
 1997 *A vida de laboratório. A produção dos fatos científicos*, Relume-Dumara, Río de Janeiro.
- LAYRARGUES, Philippe
 1998 *A cortina de fumaça: o discurso empresarial verde e a ideologia da racionalidade econômica*, Annablume, São Paulo.
- LENZ, Cristiano
 2000 "A teoria social sob o signo ecológico: a modernização ecológica frente à modernização reflexiva de Anthony Giddens e Ulrich Beck", *Revista de Estudos Ambientais*, Blumenau, junio-abril, vol. 2, núm. 1, pp. 61-78.
- MAFFESOLI, Michael
 1999 *No fundo das aparências*, 2a. ed., Vozes, Petrópolis.
- MOL, Arthur
 1995 *The Refinement of Production. Ecological Modernisation Theory and the Chemical Industry*, Van Arkel, Utre.
- MOL, Arthur y Gert SPAARGAREN
 2000 "Ecological Modernisation. Theory and Debate: a Review", en A. Mol y D. Sonnenfeld (eds.), *Ecological Modernisation Around the World. Perspectives and Critical Debates*, Frank Cass Pub., London, pp.17-49.
- MOL, Arthur, Gert SPAARGAREN y Hans BRUYNINCKX
 2002 *Governing Environmental Flows. Reinventing the State in Global Modernity*, Wagenigen, Position paper, ISA-Conference (june 13-14, 2003), Netherlands.
- PELLOW, D., A. SCHNAIBERG y A. WEINBERG
 2000 "Pitting the Ecological Modernisation Thesis to the Test: the Promises and Performances of Urban Recycling", en A. Mol y D. Sonnenfeld (eds.), *Ecological Modernisation Around the World*.

- Perspectives and Critical Debates*, Frank Cass Pub., London, pp. 109-137.
- RODDICK, Anita
2002 *Meu jeito de fazer negócios*, Editora Campus, Río de Janeiro.
- SACHS, Ignacy
1993 *Estratégias de transição para o século XXI. Desenvolvimento e meio ambiente*, Studio Nobel, São Paulo.
- SANTOS, Miriam dos
2000 "Teoria da memória, teoria da modernidade", en L. Avritzer y M. Domingues (orgs.), *Teoria social e modernidade no Brasil*, Editora UFMG, Belo Horizonte, pp. 84-105.
- SIMMEL, Georg
1988 *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Península, Barcelona.
- VAILLANCOURT, Jean-Guy.
1995 "Sociology of the Environment: From Human Ecology to Ecosociology", en M. D. Mehta y E. Ouellet (eds.), *Environmental Sociology. Theory and Practice*, Captus Press, Nueva York, pp. 3-32.
- WELLMER, Albrecht
1994 "La dialéctica de la modernidad y posmodernidad", en J. Picó, *Modernidad y posmodernismo*, Alianza Editorial, Madrid, pp.103-140.